

escogidos. Muy pocos de nuestros fieles son, en efecto, capaces de comprender, de sentir y de vivir las gracias de oración que un San Juan de la Cruz experimentó y explicó en su *Subida*, o las místicas moradas que la Santa extática de Ávila describió en sus libros; pero, en cambio, a todos los fieles llega el saludable influjo que la santidad de sus vidas ejerce como prototipo y modelo de virtud. Y un parecido influjo producen en la conducta de los musulmanes marroquíes los altos ejemplos de austeridad y devoción de esos santones a quienes rinden culto fervoroso. Toda la religión, en efecto, puede decirse que está cifrada hoy para lo marroquíes en ese culto. Más quizá que los preceptos del Islam pesan las prácticas de mera devoción que los cofrades de cada hermandad acostumbran a observar. Ahora bien, muchas de ellas tienen su abolengo cristiano y ofrecen por eso un sorprendente parecido con las nuestras.

Además de la oración litúrgica de precepto, cinco veces al día, el devoto acostumbra a rezar plegarias para pedir a Dios el auxilio en sus necesidades espirituales y temporales y acomodadas a las diversas circunstancias de la vida diaria. Así, por ejemplo, las plegarias al despertar y al acostarse, que comienzan con la fórmula tan cristiana «En tu nombre, Señor, me acuesto y en tu nombre me levanto». Contra la sequía pertinaz, una plegaria colectiva existe, igual que nuestras rogativas «ad petendam pluviam». Otra práctica devota es la lectura espiritual o meditada del Alcorán o de un libro piadoso, como el *Dalayl al-jayrat*, manual de devoción que está en las manos de todo marroquí, y que a menudo lleva éste encerrado en linda carterita, pendiente del hombro a la bandolera. Más usual es todavía la devoción de las jaculatorias que llaman *dikr* y que consiste en recitar, cierto número fijo de veces seguidas, algunas frases breves de alabanza a Dios, como *al-hamdu lillah* (¡gloria a Dios!), etc. A veces, este rezo equivale a nuestras letanías, pues se hace recitando los 99 nombres de Dios, cuya cuenta se lleva con un rosario semejante a los nuestros. Los cronistas de la actual guerra nos han pintado alguna vez y con vivos colores el extraño espectáculo que ofrecían nuestros soldados marroquíes cuando se lanzaban intrépidos al asalto de las posiciones ene-